



De médico a expontáneo

El médico es persona muy respetable y muy necesaria en la sociedad..., sobre todo si cura, y si no cura, por lo menos, si da consuelo... ¡Que ha habido y hay médicos que ni curan, ni consuelan!

D. Gregorio era y es uno de los médicos que sino lo cura todo, cura muchas enfermedades y, más aun, es un consolador sin precio, por su *labia*; por su simpatía personal, por sus afirmaciones rotundas y sugestivas y por ese *quid*, seductor, que no se hereda ni se adquiere, que da y reparte la naturaleza como los ojos negros o el pelo rubio o la tez blanca. D. Gregorio con una receta en la mano es un ser extraordinario...; es con eso sólo, una medicina, a las veces más provechosa que las drogas de la Botica.

¿Y D. Gregorio discurrendo sobre enfermedades?

D. Gregorio en consulta o en conversación médica constituye algo formidable.

Y en los congresos médicos discurrendo sobre células y glóbulos y tejidos y glándulas... ¡vaya, la *endocrinia*! como dice uno de sus admiradores.

Pero D. Gregorio se cansó de los triunfos en las drogas, como Napoleón se cansó de los triunfos en las armas...; como los hebreos se cansaron de comer siempre el mismo maná... Hasta en la gloria humana, como en los manjares exquisitos, cansa la monotonía... Y D. Gregorio el médico, quiso ser también D. Gregorio el filósofo,

D. Gregorio el teólogo, D. Gregorio el moralista...

Para llegar a la cumbre de su celebridad médica estudió años y años; hizo prácticas con maestros eminentes, leyó y releyó las obras de los escritores profesionales más celebrados; pesó las opiniones de todos y se fué con pies de plomo en la elección de procedimientos, en los métodos de curar, en los recetarios... Paso a paso subió a la cumbre.

Era natural que D. Gregorio para meterse en filosofía, o en teología o en moral siguiese el mismo procedimiento... Pero cuando un hombre se endiosa, cree que tiene alas y puede subir a las otras cumbres, sin bajar a las barrancadas, y sin tener que subir por las faldas de la nueva montaña, ni escalar los lados escarpados de la nueva cima...

D. Gregorio el médico quiso ser filósofo, así, de un salto; quiso ser teólogo y moralista sin quemarse las cejas como en la medicina, sin leer ni releer, sin contactos con el mundo intelectual de siglos y siglos, quiso serlo de un vuelo, y...

Al verle el público saltar de la medicina, a la filosofía, a la teología, a la moral, el aplauso fué cerrado.

El público es ingénuo; el público ama las valentías; el público, además, cuando consagra a uno como ídolo, lo reviste de dotes maravillosas...

Al ver a D. Gregorio saltar a las cimas de la filosofía y de la moral le miró con las simpatías con que en las corridas de toros mira en el primer momento al aficionado que salta a la plaza...

—Vaya valor y arrojo filosófico y moralista el de D. Gregorio. ¡Bravo! ¡al ruedo...!

Y D. Gregorio creyendo que la filosofía y la moral se manejan como las recetas y como el bisturí se lanza al ruedo...

Se lanza al ruedo de la filosofía y de la teología y de la moral... Al salir de las editoriales, fresca la tinta, los primeros libros, folletos o artículos, el público antes de leer o en las ilusiones visuales de las rápidas lecturas del primer momento, con la borrachera aún del entusiasmo por el ídolo médico, aplaude, aplaude...

Pero en la misma nerviosidad del aplauso se nota que no es la razón la que mueve las manos, sino la pasión... Y arrecia el aplauso... No es ya sólo la pasión, es el miedo al darse cuenta de los primeros vaivenes del ídolo...

Y cuando pasado el primer momento renace la serenidad de juicio y se examina el meollo filosófico o la substancia moral del novel escritor y se ve y se palpa que el ídolo médico no sabe catar los buenos vinos filosóficos, ni manejar el fino repeso de la moral y que anda a obscuras y a coscorrones entre los arboles milenarios de las ciencias especulativas y de los principios de la ética, el mismo público que le aplaudía, le vuelve las espaldas y exclama con el mismo desdén que ante el aficionado que el toro arroja al tendido:

—¡Es un *expontáneo*...!

.....

¡D. Gregorio a tus recetas...!

Ahí ganarás honra y dinero; ahí serás tenido como hombre serio y de provecho; ahí harás bién a la humanidad o curandola o sirviéndole de consuelo y esperanza...

Irse a los campos de la filosofía o de la moral, sin preparación, sin estudio, es sentar plaza de *expontáneo*...

L. Almarcha

El vendedor de tagarninas

(RELACION)

El que llora será consolado. (S. Mateo).

Lo que vamos a referir no es ficción, es realidad, es una sencillísima historia que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leída: no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazón que por algunos, aunque pocos será leída esta relación con simpatía: a estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño vendedor de tagarninas.

Dice Bulner, ese excelente moderno autor inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con el Parnaso*; lo que quiere decir que se puede mover el corazón y cautivar la imaginación sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada; basta sentir y expresar lo que se ve.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplía bien con su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito que contaba cinco años: érale a Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como lo es al caballo la carga de oloroso heno que lleva para su propio sustento. Pero el guarda se había granjeado la animadversión de unos cabreros que tenían sus cabrerizas en un coto limítrofe del olivar que estaba al cuidado de Ortega.

Por repetidas veces habían dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sementera y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos, y esto bastó ¡Dios mío! para que un día, al pasar Ortega cerca de un vallado, se le disparase entre las zarzas un tiro, cuya bala atravesó

su pecho... ¡Oh! en qué mina se crió el fatal pedazo de plomo que hizo a un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos!

Avisóse al lugar de que yacía un hombre muerto cerca de un vallado, y en breve el abandonado cadáver se vió rodeado de aquel unánime e inmenso interés que conmueve, sacudiéndola hasta en sus entrañas, a la humanidad cuando se comete contra ella el delito de *sangre*, empezando por el sacerdote, que viene en nombre de la Religión, en caso que aún luce el alma con la muerte: sigue la justicia, que vienen en nombre de la sociedad, magnífica institución, bella obra de la ilustración hecha con la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduría: acompaña el facultativo, que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estandarte puso Jesús por lema la palabra *hermandad*; y sigue el pueblo, que viene en su propio nombre a atributar su compasión y lágrimas a la víctima, sus imprecaciones al asesino, pues puro existe en el corazón del hombre el sentimiento de lo justo, cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose el muerto sobre unas angarillas, y se ofrecieron a llevarlas aquellos mismos andaluces altivos que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado a llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado e inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por sus puertas al sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una protección y un amparo, como un objeto de culto y de cariño! La desgraciada viuda, que estaba criando, tuvo un retroceso y derrame de leche; sus pechos quedaron exhaustos, la madre y la niña perécían: la primera, de resulta de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros, los habitantes de las ciudades, no sabeis cuán grande y expansiva es la caridad en los campesinos y cuán verdadero hacen aquel bello refrán de que más hace el que *quiere* que el que *puede*. No hubo una sola mujer en el pueblo que estuviese criando, que no viniese a dar el pecho

a la pobre criatura, para la cual se habían secado las fuentes de la vida que le señalaba la naturaleza. La niña fué criada a *traguitos*, según la expresión consagrada para indicar esta clase de crianza; y como generalmente todas las lugareñas son sanas, se hacen robustas estas crías de muchas amas. Verdad es que tan pronto toman leche de una recién parida, tan pronto la de una mujer que cría a pesar de tener su hijo dos años y correr tras de su madre; pero no le hace, medran, y si lo extrañáis se os responde: *que Dios hace la costa*.

Miguelito era el que se veía a todas horas descalzo de pies y piernas, pues todo se había vendido para la enfermedad de la madre y estaban en la última miseria, cargado con la niña, con la que apenas podía, llevándola por todas las casas del lugar, sofocado y jadeante en verano, encogido y arrecido de frío en invierno, pero siempre alerta, siempre dispuesto, siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita; y si compadecidos de verlos en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondían y se lo llevaba a su madre.

Esta pobre había quedado baldada y ese niño bendito, a pesar de su corta edad, era su Providencia; para él no había juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y de esa hermana, que ni una ni otra se podía valer. El todo lo hacía bajo la inspección de su madre, y aun de noche se cuidía con firme voluntad ese incombustible sueño de la infancia cuando era preciso pasear la niña para acallarla, ¡qué humilde era, y qué incalculable! y cuando su madre lo bendecía no comprendía esa alma dulce y modesta el por qué merecía esa merced; ¡ángel de Dios que, cual su Criador, sólo abrojos había de pisar en este suelo!

Miguel tenía ya seis años, y con afán de ayudar a su madre iba, como veía hacer a otros muchachos mayores que él, a coger tagarninas al campo. Salía por la mañana y volvía a la oración sin haber probado bocado en todo el día, y por descanso de puerta en puerta ofreciendo tagarninas. Pero los muchachos

yores que él, que andaban más, habían vuelto antes y le habían quitado la poca venta que tenía la silvestre legumbre.

—¿Se quieren tagarninas?—preguntaba con débil voz, exhausto de cansancio, hambre y frío.

—No.

Y el infeliz niño se rastreaba a otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

—¿Se quieren tagarninas?

—No.

Y seguía humilde y resignado a otra puerta en la que le esperaba otro no; pero estaba tan connaturalizado con el no, que parecía que no le cogía de nuevo. ¡Había llevado tantos! de suerte que se hallaba muy contento si encontraba quien le diese tres o cuatro cuartos por su espuerta.

¡Tres o cuatro cuartos por todo un día de ímprobo trabajo para su corta edad, en parajes fríos y húmedos, y hecho en ayunas! ¡Misericordia de Dios! ¡Divina justicia! ¡qué magníficas compensaciones guarda tu diestra prometidas en las Bienaventuranzas! ¡Oh mi Dios! Si no te creyera justo, no te creyera Dios; si no te creyera premiadador del bueno que sufre, no te creyera Padre; si no te creyera castigador del cínicamente malo que goza, no te creyera Señor. Sí, todo eres: y esta santa creencia todo lo explica. ¡Oh! dichosas criaturas las que vais a la vida eterna por la mismá senda que anduvo el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! ¡Arrancáis lágrimas a nuestros ojos, y nos podríais contestar a nosotros ricos, soberbios y fríos: ¡No lloreis sobre mí, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre quería retenerlo, porque su corazón se partía de ver ir a ese angelito solo, desabrigado en días fríos y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse sobre ellos sus manos entumecidas e hinchadas: los días se habían hecho tan cortos, las noches venían tan deprisa y tan frías, pero nada detenía al pobre niño, y la infeliz madre decía llorando; ¡Si no va, ni él comerá ni la niña, y lo veía ir, con tan desgarrada pena, que vertía su corazón

sangre por todos sus poros, hasta que lo veía entrar con un cuarterón de pan y unas pocas tagarninas.

Una fría tarde de Diciembre tocó solemne la oración, y el niño no había vuelto, y la madre estaba baldada y no podía salir a buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenía a ella y a su niña; y pasaron cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y angustia, porque la congoja no mata, porque la angustia es una tremenda agonía sin el descanso de la muerte, como el castigo de los condenados; y a la mañana siguiente el ovejanero de un cortijo, que pasaba por una senda apartada, vió sentado al pie de un árbol a un niño; tenía los brazos cruzados, la cabezita caída sobre el pecho; a su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acercó: ¡el niño estaba muerto! imuerto de frío, de necesidad, de cansancio y de miedo!

Lo que he contado no es ficción, es realidad.

¡Dios y Señor! hombres hay, tus hijos, Padre, que en su mezquina soberbia se atreven a sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¿Puede concebirse tan espantoso absurdo? ¡Señor! ¡Señor! consérvanos la fe a los religiosos, aunque no sea más que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignación otras, nuestro corazón. Déjanos contar con aquella divina promesa: *El que llora será consolado.*

Fernán Caballero.

¡HOY! la salvación puede ser tuya

«El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado; ni habrá para él medicina» (Prov XXIX 1)

«¡Tiempo de sobra!» «¡Todavía no!» «¡Más adelante!» estas son las sugestiones de Satanás. No seas engañado, lector; AHORA, dice Dios; «AHORA es el día de salud». Recibe la amonestación mientras hay tiempo. Escapa AHORA por tu vida; huye de la ira que ha de venir.

La salvación puede ser tuya hoy. Los brazos de Cristo están abiertos para recibirte. «Al que a mí viene, dice El, no le echo fuera» (Juan VI 37),

El Espíritu Santo dice: «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Heb. III 7, 8).

CASOS Y COSAS

Lo que se le ocurre a los comunistas rusos, no se le ocurre a ningún cuerdo.

La última barrabasada ha sido socializar la medicina.

—¿Doctor, pertenece V. al Soviet?

—Sí.

—Pues a visitar y sanar o matar, y a cobrar...

¿No pertenece V. al Soviet médico?

—No.

—Pues como si no fuese V. médico. Guárdese V. de tomar el pulso a nadie, so pena de caer en las iras comunistas.

Supongamos que en España se le ocurriese al Gobierno decir:

—El médico que no pertenezca a la U. P. no visita...

¿Qué dirían los socialistas y los comunistas y todos los compañeros acabados en *istas*?

Con razón Marconi cuando le preguntaron:

—¿Que opina V. del comunismo? Contestó:

—No creo en el comunismo. Dentro de un siglo se hablará de él como de un sueño de locos.

Al paso que vamos no se tardará en que para decir a uno que está lunático o loco de atar, se le diga: Estás comunista...

En Berlín se ha descubierto una falsificación gigantesca de billetes rusos.

El intento consistía en desvalorizar la moneda soviética.

Los falsificadores eran comunistas puros que no están conformes con el acaparamiento de moneda que han hecho los comunistas impuros.

Es un procedimiento revolucionario y sin sangre.

La policía berlinesa ha prestado un buen servicio a los soviéticos, lo cual no empece para que los soviets

pongan a la policía como digan dueñas...

Si la policía les hace caso, los afortunados que han pescado en el río revuelto de la revolución rusa se quedan mirando a la luna...

¡Y luego odian las instituciones burguesas...!

Un ex-católico, ex-canonista y ex-tomacal, que corre tras la blanca que salta, aunque sea protestante, se ha dedicado a defender el divorcio.

Todos los males sociales y los no sociales se curan con el divorcio; y el signo de modernidad lo da el divorcio.

Y se ha empeñado en que la Iglesia lo establezca.

Y que Papa, Cardenales y Obispos quemem un grano de incienso en honor del divorcio.

Y hasta la unidad, perpetuidad, inviolabilidad y santidad de la familia serán custodiadas por el divorcio.

Puesto a defender el divorcio lo razonable en el ex católico, ex-canonista y ex hambriento es que a semejanza de los comunistas hubiese negado la familia.

Si el progreso va por ese lado, según él afirma, la última palabra está en la última negación. El que más niegue es el más progresista.

Y ese señor se llama doctor en teología moderna.

Será en tonterías modernas. Aunque ni esas tonterías son modernas, porque hace muchos años que había gentes defensoras del divorcio: todas las mal avenidas con la cruz del matrimonio y con las palabras de la Escritura: *uno con una y para siempre.*

En Italia se ha celebrado la boda del príncipe heredero con la hija de los Reyes de Bélgica.

La ceremonia ha sido solemnísimas. Han asistido más de setenta príncipes. El pueblo romano y el italiano se ha asociado a la fiesta palatina.

Los desposados han ido inmediatamente después de la celebración del matrimonio a recibir la bendición de Su Santidad.

Aquella tristeza del pueblo romano durante el cautiverio del Papa, que

nublaba todas las alegrías y todos los entusiasmos civiles y que rodeaba el Quirinal de luto, ha desaparecido, y ahora cuando en la colina que habitan los reyes rompe el regocijo, repican también alegres en la colina del Vaticano las campanas del Palacio de los Papas.

Pío XI recibió a los desposados paternalmente y les bendijo y les hizo espléndidos regalos.

Y la muchedumbre gritó entusiasmada ante San Pedro, aclamando a los Reyes y al Pontífice.

A. Hernán

PENSAMIENTOS

A las dificultades hay que añadir las más penosas que el mundo sabe poner por delante para estorbarlas y si es posible impedir que se desarrollen y derramen el beneficio que de ellas se desprende.

Después de que el plan esté madurado y listos todos los elementos hay que acometer la obra, y es aquí donde entran en juego todos los esfuerzos, sacrificios y mortificaciones que subliman la vida de los verdaderos apóstoles, y que pasan desconocidos a los ojos del mundo, por lo mismo que se hacen sin atender al alago de las recompensas humanas y guiados únicamente por la mayor gloria de Dios.

La voluntad templada al calor de estas obras es recia para el bien, y ayudada de la gracia de Dios es capaz de grandes empresas por las cuales recibirá gloria en la tierra el nombre de Dios, y muchos beneficios los hombres de buena voluntad.

La prensa en nuestros tiempos es la fuerza mas formidable y puede llegar a ser el poder más maléfico o el más benéfico de la vida del mundo y de la vida del a misma Iglesia. (Pío XI.)

El mundo dirá que el siglo XX reconoce a Dios, que le admite. Pero le admite nó como Dios quiere, sino como al hombre del siglo le parece; le admite como problema racional y no como dogma divino. La prueba es que las escuelas y los gobiernos hablan

frecuentemente de Dios y de su religión; pero Dios para ellos es un ente de razón, por lo cual someten la ley divina a la ley política; la Iglesia al Estado (cardenal Ahimonda).

El crucifijo es la brújula del misionero que lo planta en la humilde cabaña del salvaje, y de allí toma todas las direcciones en busca de las almas que le ha encontrado el padre celestial. Es el primer predicador de los ídólatras: cuando el misionero no encuentra palabras que lleguen hasta el corazón de aquellos desgraciados; les enseña el crucifijo y el crucifijo explica a sus investigadores ojos aquellas palabras. Cuando, expuesto en capilla, el desgraciado va a dar con su sangre una sombra de satisfacción a la sociedad por la transgresión de sus leyes, allí se presenta el sacerdote del Señor, llevando en sus manos el crucifijo, y el crucifijo ha hecho derramar tantas lágrimas de arrepentimiento en aquel lugar! (Chaffanjón).

Si oís a alguno blasfemar cuando paséis por la calle, lo debéis reprender, y si es persona que depende de vosotros castigarlo si es menester. (San Juan Crisóstomo)

Muchos siguen a Jesús hasta el partir el pan, más pocos hasta beber el cáliz de la pasión. (Kempis).

En la práctica discreta de la mortificación cristiana, se encuentra la única felicidad que es posible en la tierra, porque en la perfección del orden, en el orden está la paz, en la paz vive el contento. Faltará el regocijo bullicioso de la orgía, faltará la pasajera embriaguez de los placeres, pero el gozo tranquilo y duradero es patrimonio exclusivo del hombre, cuya voluntad señorea siempre los apetitos y se mantiene obediente y docil a la voluntad de Dios. A estos anima San Pablo: «Gozaos siempre en el Señor; otra vez os digo que os gozáis», y ya antes había dicho el Espíritu Santo por David, «Amaneció la luz al justo y la alegría a los de recto corazón».

EL SEMBRADOR.

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela